



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de agosto de 1997

María, tipo y modelo de la Iglesia

Nuestro pensamiento se dirige hoy ante todo a mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, en el 19° aniversario de su piadosa muerte, que tuvo lugar en Castelgandolfo el 6 de agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración del Señor.

Lo recordamos con afecto y con constante admiración, considerando cuán providencial fue la misión pastoral que realizó en los años de la celebración del concilio Vaticano II y de su primera aplicación. Vivió totalmente entregado al servicio de la Iglesia, a la que amó con toda su alma y por la que trabajó sin cesar hasta el final de su existencia terrena.

Esta mañana, celebrando por él la santa misa en la capilla del palacio apostólico de Castelgandolfo, pedí al Señor que el ejemplo de un servidor tan fiel de Cristo y de la Iglesia nos sirva de aliento y estímulo a todos los que hemos sido llamados por la divina Providencia a testimoniar el Evangelio en el umbral del nuevo milenio. Que interceda por nosotros María, Madre de la Iglesia, de la que seguimos hablando en la catequesis de hoy.

1. La constitución dogmática *Lumen gentium* del concilio Vaticano II, después de haber presentado a María como «miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia», la declara «prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor» (n. 53).

Los padres conciliares atribuyen a María la función de «tipo», es decir, de figura «de la Iglesia»,

tomando el término de san Ambrosio, quien, en el comentario a la Anunciación, se expresa así: «Sí, ella [María] es novia, pero virgen, porque es tipo de la Iglesia, que es inmaculada, pero es esposa: permaneciendo virgen nos concibió por el Espíritu, permaneciendo virgen nos dio a luz sin dolor» (*In Ev. sec. Luc.*, II, 7: CCL 14, 33, 102-106). Por tanto, María es figura de la Iglesia por su santidad inmaculada, su virginidad, su «esponsalidad» y su maternidad.

San Pablo usa el vocablo «tipo» para indicar la figura sensible de una realidad espiritual. En efecto, en el paso del pueblo de Israel a través del Mar Rojo vislumbra un «tipo» o imagen del bautismo cristiano; y en el maná y en el agua que brota de la roca, un «tipo» o imagen del alimento y de la bebida eucarística (cf. *1 Co* 10, 1-11).

El Concilio, al referirse a María como tipo de la Iglesia, nos invita a reconocer en ella la figura visible de la realidad espiritual de la Iglesia y, en su maternidad incontaminada, el anuncio de la maternidad virginal de la Iglesia.

2. Además, es necesario precisar que, a diferencia de las imágenes o de los tipos del Antiguo Testamento, que son sólo prefiguraciones de realidades futuras, en María la realidad espiritual significada ya está presente, y de modo eminente.

El paso a través del mar Rojo, que refiere el libro del Éxodo, es un acontecimiento salvífico de liberación, pero no era ciertamente un bautismo capaz de perdonar los pecados y de dar la vida nueva. De igual modo, el maná, don precioso de Yahveh a su pueblo peregrino en el desierto, no contenía nada de la realidad futura de la Eucaristía, Cuerpo del Señor, y tampoco el agua que brotaba de la roca tenía ya en sí la sangre de Cristo, derramada por la multitud.

El Éxodo es la gran hazaña realizada por Yahveh en favor de su pueblo, pero no constituye la redención espiritual y definitiva, que llevará a cabo Cristo en el misterio pascual.

Por lo demás, refiriéndose al culto judío, san Pablo recuerda: «Todo esto es sombra de lo venidero; pero la realidad es el cuerpo de Cristo» (*Col* 2, 17). Lo mismo afirma la carta a los Hebreos, que, desarrollando sistemáticamente esta interpretación, presenta el culto de la antigua alianza como «sombra y figura de realidades celestiales» (*Hb* 8, 5).

3. Así pues, cuando el Concilio afirma que María es figura de la Iglesia, no quiere equipararla a las figuras o tipos del Antiguo Testamento; lo que desea es afirmar que en ella se cumple de modo pleno la realidad espiritual anunciada y representada.

En efecto, la Virgen es figura de la Iglesia, no en cuanto prefiguración imperfecta, sino como plenitud espiritual, que se manifestará de múltiples maneras en la vida de la Iglesia. La particular realidad representada encuentra su fundamento en el designio divino, que establece un estrecho vínculo entre María y la Iglesia. El plan de salvación que establece que las prefiguraciones del

Antiguo Testamento se hagan realidad en la Nueva Alianza, determina también que María viva de modo perfecto lo que se realizará sucesivamente en la Iglesia.

Por tanto, la perfección que Dios confirió a María adquiere su significado más auténtico, si se la considera como preludeo de la vida divina en la Iglesia.

4. Tras haber afirmado que María es «tipo de la Iglesia», el Concilio añade que es «modelo destacadísimo» de ella, y ejemplo de perfección que hay que seguir e imitar. María es, en efecto, un «modelo destacadísimo», puesto que su perfección supera la de todos los demás miembros de la Iglesia.

El Concilio añade, de manera significativa, que ella realiza esa función «en la fe y en el amor». Sin olvidar que Cristo es el primer modelo, el Concilio sugiere de ese modo que existen disposiciones interiores propias del modelo realizado en María, que ayudan al cristiano a entablar una relación auténtica con Cristo. En efecto, contemplando a María, el creyente aprende a vivir en una comunión más profunda con Cristo, a adherirse a él con fe viva y a poner en él su confianza y su esperanza, amándolo con la totalidad de su ser.

La funciones de «tipo y modelo de la Iglesia» hacen referencia, en particular, a la maternidad virginal de María, y ponen de relieve el lugar peculiar que ocupa en la obra de la salvación. Esta estructura fundamental del ser de María se refleja en la maternidad y en la virginidad de la Iglesia.

Saludos

Con afecto saludo ahora a los peregrinos de lengua española. En particular, a las religiosas Trinitarias, a los fieles de la parroquia de San Juan Evangelista de Peralta (Navarra) y al Instituto de ciencias religiosas de Valencia, así como al resto de grupos venidos desde España, México, Bolivia y Argentina. Que María, figura de la Iglesia, os ayude a vivir cada día con mayor intensidad y compromiso vuestra vocación eclesial. Con estos deseos, imparto de corazón a todos la bendición apostólica.

(A los eslovacos)

Este siervo de Dios [Pablo VI] se esforzó por acercar el evangelio de la salvación al hombre moderno. Demostró que es posible hacerlo sin componendas. Queridos hermanos y hermanas: vuestra nación, después de la triste experiencia de ateización, quiere renovarse. Es importante que busque esta renovación en Jesucristo, porque, según el designio de Dios, es en él donde hay que renovar todo y todos. Colaborad también vosotros con la gracia de Dios para ser cada vez más semejantes a Jesucristo. Ved en esto?el sentido de?vuestra vida.

(En italiano)

Y ahora, como de costumbre, dirijo un cordial saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos*, y a los *recién casados*. Hoy la liturgia nos invita a contemplar a Cristo transfigurado en el Monte Tabor. Queridos *jóvenes*, tened siempre fija la mirada en el rostro resplandeciente de Dios, que ilumina los acontecimientos de cada día. Que la Transfiguración sea para vosotros, queridos *enfermos*, un signo de esperanza que anima a entrever, más allá del sufrimiento, la gloria de Cristo resucitado. Y vosotros, queridos *recién casados*, fundad firmemente vuestra naciente familia en Dios, que es Amor, seguros de que él os guiará con su luz en cada paso de vuestra existencia.

© Copyright 1997 - Libreria Editrice Vaticana

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana